



# Cuatro pistas para salir de la crisis

**E**n este texto, publicado en cuatro entregas en la revista *Marianne*, el economista Jacques Sapir plantea la posibilidad de otra política para Europa y otra gestión de la crisis. Aunque escrito desde una perspectiva francesa, su análisis bien puede extenderse a la mayor parte de los países de la zona euro.

por Jacques Sapir

¿Acaso estamos en 1931? Hoy, cuando los anuncios de los denominados planes “*de rigor*” o “*de austeridad*” se han multiplicado por toda Europa, resulta evidente que la agenda de los diversos gobiernos está dominada por la reducción del déficit público. Repetimos de este modo los errores cometidos en tiempos de la Gran Depresión<sup>1</sup>. Esto no se debe –solamente– a que nos hayamos olvidado de la historia. La crisis por la que pasa en estos momentos la zona euro –y que no ha hecho más que empezar– ha tenido un papel a la vez decisivo y pernicioso. Ha sido ella la que más ha influido en la actual conversión de los principales gobiernos a la política del “rigor”.

Sacrificamos de este modo la sustancia –o sea, la dinámica económica que fundamenta la posibilidad real que tiene la zona euro de mantenerse– a la apariencia –o sea, a las condiciones inmediatas de su mantenimiento frente a la especulación de los mercados. Es, pues, de temer que Europa entre en un período prolongado de recesión debido al impacto acumulativo que puede tener la suma de estas políticas restrictivas. Se impone tomar medidas radicales. Sin embargo, para evaluarlas, hay que hacer un balance de la situación actual. La trampa de la austeridad no se comprende en absoluto fuera del cerrojo que representa el euro. Pero la adhesión a este se

ha basado en consideraciones puramente ideológicas. Ha habido factores reales que han convencido a los gobiernos de que aceptasen una solución como la de la moneda única cuyos inconvenientes, sin embargo, eran conocidos desde el principio. El desmoronamiento de estos factores reales pone sobre la mesa la cuestión de la posibilidad de la supervivencia de la zona euro y, más allá de ella, la de las soluciones alternativas que se nos ofrecen.

## El error del “rigor”

Las políticas de austeridad constituyen un grave error por razones evidentes. Estas políticas provocarán una reducción de la demanda interior de la zona euro y harán que, de este modo, sea todavía más difícil el progresivo retorno a un relativo equilibrio del gasto público, que es, sin embargo, el objetivo que oficialmente se persigue. Este fue, por otra parte, el resultado de las políticas análogas que se llevaron a cabo en Europa y en otras partes a comienzos de la década de 1930. Constatemos que estas políticas no han hecho más que empezar; no hay que hacerse ilusiones en este sentido, pues hemos entrado en una lógica de deflación competitiva. A los planes griegos, españoles, italianos y británicos se añadirán a continuación otros. Estos planes serán muy probablemente

reforzados a partir de este mismo otoño, en particular en el caso de Francia.

Por supuesto, estas políticas tienen su origen inmediato en la crisis de la zona euro, y es en cierto modo lógico ver al presidente del Banco Central Europeo haciendo un llamamiento a la necesidad de una mayor “vigilancia mutua”. La acumulación de la deuda soberana de los Estados ha provocado una inquietud muy legítima. Pero esta tiene en realidad su origen en el funcionamiento mismo de la zona euro que obliga a los países a financiar la totalidad de sus deudas recurriendo a los mercados financieros. La prohibición hecha al Banco Central Europeo de asumir una parte de la financiación de esta deuda, pese a que ya se ha hecho cargo de una parte de las deudas de los bancos y que desde el 10 de mayo ha sido autorizado a volver a comprar, en caso de emergencia, títulos públicos en posesión de los bancos, no parece dejar otras alternativas que el susodicho “rigor”.

Conviene subrayar aquí que la conjunción de dichas políticas en un gran número de países tendrá consecuencias acumulativas. Así, el esfuerzo particular exigido a los griegos, pero también a los españoles, a los portugueses y a los italianos, verá anulada una parte de sus efectos por la recesión europea que vendrá a debilitar los ingresos fiscales en estos países. Las peripecias de los últimos días del mes de mayo muestran los límites de estas políticas.

Votado por mayoría por el Parlamento español, el plan de austeridad no evitó que España viese reducida su puntuación el 28 de mayo. De hecho, el gobierno de Zapatero ha salido debilitado de este voto. Constatemos aquí que la agencia Fitch, criticada tan a menudo como sus colegas, ha dado pruebas en esta ocasión de una gran perspicacia, ya que en sus considerandos señala la amplitud de la deuda privada y la disminución del crecimiento que se seguirán inevitablemente de esta política. España creía poder comprar la adhesión de los mercados con su “rigor”, pero consiguió lo contrario de lo que pretendía.

En Portugal, sin duda bajo la presión de una inmensa manifestación, el Parlamento rechazó el plan propuesto por el gobierno. Fue una reacción sensata, pero que sin duda ha provocado la cólera de Bruselas y muchas presiones (empezando por las que ejercerá la señora Merkel). Sabemos muy bien cómo funciona la “democracia” europeísta, siempre presta a repetir una votación cuando el resultado no ha sido el deseado.

Será, pues, inevitable, si se quiere que esta política sea

coherente, insistir en estos planes. Hemos entrado claramente en una lógica de contracción presupuestaria que hará sentir sus efectos más perniciosos en los meses venideros.

Produciéndose como se producirá después de la crisis del 2008-2009, el efecto psicológico de estas políticas sobre la demanda doméstica será desastroso, y no hay que olvidar que la demanda doméstica condiciona la demanda de las empresas y la inversión. Al efecto directo de estas políticas habrá que añadir los efectos indirectos que se manifestarán en el gasto doméstico, pero también en el de las empresas.

Digamos también que, debido a un inquietante empecinamiento en el error, el gobierno francés agravó este efecto psicológico mediante una nueva reforma de las pensiones. Esta reforma, discutible en el fondo porque no tiene en absoluto en cuenta las nuevas tendencias demográficas ni la posible evolución del empleo, fue especialmente mal recibida por cuanto va a intensificar la inquietud de las familias. Y sin embargo, estas políticas de rigor parecen ser aceptadas por la mayoría (aunque no por la totalidad) de la clase política.

### El cerrojo del euro

De hecho estamos viviendo, no una, sino dos crisis de la zona euro, y la imbricación de ambas en los hechos no debe, sin embargo, ocultarnos que se trata de dos crisis diferentes.

Tenemos, en primer lugar, la crisis coyuntural de la deuda pública de los países de la zona euro. Esta crisis era previsible desde setiembre de 2009. Es ella la que justifica las nuevas políticas de rigor. Es evidente que la deuda pública ha aumentado mucho en varios países de la zona euro como respuesta a la crisis financiera y económica.

Se podía, en cierto modo, esperar que el Banco Central Europeo financiase una parte de esta deuda (mediante el equivalente de los antiguos “anticipos de tesorería” que concedía antes de 1973 el Banco de Francia), en la medida en que se trataba de unas medidas contracíclicas. Pero

esto no ha sucedido y los mercados han castigado a la zona con la crisis actual. Es obvio que el anuncio de un plan masivo de apoyo a las economías que están más expuestas a la crisis no ha cambiado en nada la situación. Lo único que se ha conseguido con este plan ha sido ganar un poco de tiempo. Esto es más que nada en una fase de especulación aguda, pero en cualquier caso no es suficiente. Como no se ha tomado ninguna medida importante por lo que respecta a la gestión de la zona euro, ni tampoco se discute nada sobre ella, habrá que esperar que el ritmo de la crisis se acelere de nuevo.

**E**spaña creía poder comprar la adhesión de los mercados con su “rigor”, pero consiguió lo contrario de lo que pretendía.

Pero hay también una segunda crisis que es la de la competitividad en el interior de la zona euro. Esta crisis deriva directamente del principio de la moneda única aplicado a unas economías que tienen unas estructuras y unas dinámicas muy diferentes. Esto se conoce desde hace muchos años. El argumento de los europeístas más recalcitrantes según el cual en Estados Unidos se dan estas mismas diferencias no se sostiene. Estados Unidos tiene un importante presupuesto federal (que representa aproximadamente las dos terceras partes de los ingresos fiscales totales) cuyo objetivo es equilibrar las diferencias existentes entre los Estados. Ahora bien, en Europa nos hemos limitado al 1,29% del PIB en este punto. La postura adoptada por Alemania y por otros países no permite hacerse ilusión alguna respecto a la capacidad que tendríamos de aumentar estos recursos.

De hecho, el euro se construyó sobre la idea de que la existencia de una moneda única provocaría gradualmente con el tiempo un movimiento de unificación de las dinámicas y de las situaciones de los países miembros. Se ha demostrado rápidamente que esta idea no era más que una ilusión. El único mercado en el que se ha constatado una convergencia ha sido el de las deudas. Pero también hay que saber que incluso en este mercado el movimiento de divergencia se ha impuesto desde otoño del 2008. Los Estados miembros se han visto privados de la posibilidad de servirse de la flexibilidad monetaria en la zona euro, y esto sin que se haya previsto ningún otro mecanismo para compensar esta pérdida. Las dinámicas de la eurodivergencia que se han impuesto desde el año 2000 son en realidad portadoras de una crisis mucho más radical de la zona euro que la relacionada con la deuda.

La reevaluación del euro que se ha producido entre el 2003 y el 2009 ha venido a agravar esta crisis. A Francia le ha salido muy cara, como ha demostrado un estudio del INSEE [Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos]. La actual bajada del euro es demasiado parcial para que pueda ser una solución.

Recordemos que el euro está hoy en torno a los 1,22 dólares. Esto es obviamente mejor que los 1,44 dólares de hace unos meses, pero estamos todavía sensiblemente por encima de la cotización que permitiría a la zona euro recuperar un cierto dinamismo y que se calcula en torno a los 1,00-1,05 dólares.

Además, esta paridad de equilibrio no es la misma en todos los países. En el caso de Grecia, España y sin duda Italia, se necesitaría una paridad de cambio aún inferior, mientras que

en el caso de Alemania pueden darse por satisfechos si no se supera el listón de los 1,30 dólares.

Nos encontramos de nuevo aquí con el problema de la diversidad de las economías de la zona euro.

Por consiguiente, la crisis del euro es al mismo tiempo coyuntural y estructural. La combinación de estas dos crisis tiende a oscurecer de algún modo sus respectivas especificidades. Hoy es, sin embargo, evidente que no será armonizando los presupuestos como podrá hallarse una solución. Los presupuestos públicos vienen siempre después de la economía. Vienen después tanto desde el punto de vista de los ingresos como desde el punto de vista del gasto. No es posible proceder aquí a una armonización duradera sin armonizar también lo que está antes de los presupuestos. Pero, conviene repetirlo, tal armonización no es actualmente pensable. Los esfuerzos que se consientan a los presupuestos tendrán resultados desastrosos sobre la actividad económica, lo que vendrá a desequilibrar de nuevo a los presupuestos debido al descenso de los ingresos.

Como se ve, el problema es global y afecta al euro en su forma actual.

**Ni Estados Unidos ni China son “adversarios” del euro, pero ninguno de los dos tiene la posibilidad de acudir a socorrerlo.**

### ¿Por qué el euro?

Si bien la noción de una coordinación de las políticas monetarias se había impuesto, con razón, desde finales de los años setenta del siglo XX en los países europeos, en este punto de nuestra argumentación conviene considerar de nuevo las razones que llevaron a los gobiernos a elegir la solución de la moneda única. Si dejamos a un lado las razones ideológicas, la idea que de la unificación monetaria nacería la unificación económica, y que de esta última nacería la unificación política, y si hacemos lo mismo con otra razón, más material pero menor –la de la desaparición de los costes de transacción en el interior de la zona<sup>2</sup>– existen fundamentalmente dos tipos de razones correspondientes a dos grupos de países.

En el caso de países como Francia, Italia, España y Portugal se trataba de “comprar”, a través del euro, los tipos de interés que se aplicaban en países como Alemania u Holanda. Para Alemania se trataba ante todo de garantizarse el acceso a un gran mercado, ya que Francia, Italia y España son clientes muy importantes, protegiéndose de la posibilidad de devaluaciones competitivas.

Alemania, por otra parte, no estaba tan enfadada como podía parecer de tener que admitir en el seno de la zona euro a unos “malos alumnos” que prometían mantener la paridad

del euro frente al dólar dentro de unos límites razonables. Así, cerró los ojos ante el endeudamiento público en Italia y también en Grecia.

Hubo, pues, un tiempo en que el gobierno alemán estaba interesado en los “recolectores de aceitunas”. Aparentemente, este compromiso ha funcionado durante diez años. Los tipos de interés se han alineado con los de Alemania (el promedio de los *spreads* ha sido de unos 40 puntos), aliviando relativamente de este modo la carga de la deuda, y Alemania no ha tenido que inquietarse a causa de posibles devaluaciones. Ha podido de este modo incrementar su saldo exportador con respecto a la zona euro mientras que, durante el mismo período, constataba la erosión de sus exportaciones al resto del mundo (y en particular a China).

Pero, en realidad, este compromiso estaba siendo erosionado en ambos frentes.

En los países del “sur” de la zona euro, incluso unos tipos de interés como los alemanes (o parecidos) implicaban un incremento relativo de la deuda pública. El crecimiento se ha mantenido por debajo del 3% al 3,5% que se exigía en los mercados para los títulos a diez años. La deriva de las deudas públicas se produjo rápidamente y por así decir también mecánicamente. En este caso fue directamente el resultado de los desequilibrios que provocaba la zona euro con su contexto de débil crecimiento. Pero es el sistema de financiación de los déficits públicos que se adoptó en los años 1970 y que fue consolidado por el BCE lo que hoy es cuestionado. Esta deriva, por supuesto, se ha acelerado mucho con la crisis actual y con la necesidad absoluta de financiar medidas contracíclicas más o menos fuertes según los países. El estallido brutal de la dispersión en los tipos respecto a Alemania (los *spreads*) que se produjo al principio de la crisis financiera en el verano del 2007, pero que aumentó espectacularmente a partir de setiembre de 2008, anunció el fin del compromiso.

Hoy, los países del “sur” de la zona euro ya no se benefician del efecto de “enganche” de sus tipos a los tipos alemanes.

Alemania hubiera podido tenerlo en cuenta e incrementar su contribución a la zona euro, o también proceder a una política masiva de reactivación. Se ha negado a hacerlo y sigue negándose, pese a haber incrementado su ventaja competitiva con respecto a los países de la zona euro mediante la transferencia masiva de las cargas de

las empresas sobre el impuesto. Digamos que si esta política, que en Francia se conoce con el nombre de IVA social, hubiese sido aplicada por los socios de Alemania, la zona euro habría entrado en una recesión profunda durante el período 2003-2004.

Asistimos, pues, hoy al estallido de este compromiso, tanto en su dimensión estructural como en su dimensión coyuntural.

Se comprende, por tanto, la inquietud de Estados Unidos y de China, que ven en el euro a la vez el último baluarte ante una duda devastadora respecto al dólar, y en el caso de China, la garantía de una posibilidad de exportación en razón de la reevaluación estructural del euro. Contrariamente a lo que se dice con frecuencia en la crisis actual, no hay ningún “complot” americano contra el euro. Pero si el gobierno americano ha comprendido bien el papel de escudo que desempeña –aunque sea provisionalmente– el euro con respecto a una especulación contra el dólar, no tiene los medios para intervenir en esta crisis. Por otro lado, los intereses inmediatos de

los grandes grupos financieros americanos pueden ser contrarios a esta evaluación, en la medida en que estos grupos buscan sobre todo protegerse de los posibles riesgos representados por las deudas, tanto soberanas como privadas, de la zona euro. En cuanto al gobierno chino, está claro que si desea conservar la posibilidad de diversificación de sus activos que representa el euro, también tiene que manejarse en función de sus intereses.

Así, ni Estados Unidos ni China son “adversarios” del euro, pero ninguno de los dos tiene la posibilidad de acudir a socorrerlo. Además, tanto el gobierno americano como el gobierno chino tienen que arbitrar con los intereses de los fondos de inversión y de los bancos.

Queda por contestar una pregunta: ¿nos ha protegido el euro de la crisis financiera actual? La exposición de los bancos europeos a los denominados créditos “tóxicos” es, en realidad, el resultado directo de la debilidad del crecimiento en la zona euro durante los años que precedieron inmediatamente a esta crisis. Ahora bien, este débil crecimiento está a su vez relacionado con la gestión de la zona euro. Hay

aquí un vínculo entre el euro (tal como es en la actualidad), la política de crecimiento débil y los riesgos que asumen las entidades bancarias frente a la competencia extranjera. En realidad, y de un modo ciertamente indirecto, el euro ha sido

**E**n el caso de países como Francia, Italia, España y Portugal se trataba de “comprar”, a través del euro, los tipos de interés que se aplicaban en países como Alemania u Holanda.



Foto de Will Spaetzel (Creative Commons)

un factor más bien agravador de la crisis financiera.

### ¿Cuáles son las posibles salidas?

Conviene, por tanto, valorar las posibles salidas a esta crisis. Si algunas de estas salidas son teóricamente posibles también es preciso introducir la limitación de lo políticamente posible. Como veremos, ello solamente deja abiertas unas salidas que son, de un modo u otro todas ellas desventajosas, si bien algunas lo son más claramente que otras.

1) **El rescate de la zona euro “en el estado”.** Es teóricamente posible, si se consigue rápidamente una modificación importante del estatus del Banco Central Europeo que le autorice a practicar anticipos de tesorería a los países miembros hasta un tope de entre el 6% y el 8% del PIB (que iría acompañada de su responsabilidad ante el consejo de minis-

tros de la zona euro). Al mismo tiempo, habría que obtener el compromiso de Alemania para practicar una política de reactivación durante un período de dos a tres años, y un crecimiento sustancial (del 1,29% al 5% del PIB) de la contribución del presupuesto de los países miembros a un “Fondo Federal”. Pero dicha política toparía con la actitud alemana, que no solamente se crispa hoy por la cuestión de sus contribuciones a la zona euro, sino que recientemente (primavera del 2009) ha conseguido que el tribunal constitucional de Karlsruhe haya emitido un fallo que indica la supremacía de las leyes alemanas sobre las directrices europeas<sup>3</sup>. Es obvio que no será posible implementar todas estas medidas, si es que llegan a implementarse alguna vez, en un plazo compatible con la temporalidad de la crisis. Por lo tanto, por deseable que pueda ser, esta salida “por arriba” de la crisis actual es y seguirá siendo pura fantasía.

2) **La reducción de la zona euro por desenganche de algunos de los países miembros.** Esta solución recibiría ciertamente el beneplácito de Alemania. Supondría que Grecia y Portugal abandonasen la zona euro y que otros países (España, Italia y Francia) aplicasen dolorosas políticas de rigor. Pero esta salida tiene el defecto de que representa una subestimación de la dinámica de los mercados y una sobreestimación del peso político de Alemania. Una vez anunciada la salida de Grecia y de Portugal, se desencadenaría la especulación y provocaría probablemente la salida de Italia, e incluso la de España. Por otro lado, no hay nada que permita a Alemania excluir a países de la zona euro, pese a las baladronadas de la Sra. Merkel.

De hecho, esta es una de las dificultades institucionales que provienen de la precipitación con que se firmó el Tratado sobre la Unión Económica y Monetaria. Hemos de admitir que si uno o varios países optan por recuperar la soberanía de su Banco Central y deciden mantener en euros su Tesoro, en flagrante contravención del Tratado, los demás países de la zona euro no disponen de ningún mecanismo para impedirlo. De hecho, el único recurso que tendrían los países que desearan hacer respetar la ortodoxia presupuestaria y monetaria original consistiría en... ¡abandonar la zona euro y crear una nueva zona!

En realidad, pues, la posición de la Sra. Merkel es bastante delicada. Si da pruebas de una excesiva rigidez, nada impide a países como Grecia y Portugal apropiarse de hecho de la creación monetaria en lugar del Banco Central Europeo. Se trata de una hipótesis extrema, pero que en realidad podría manifestarse sin encontrar ningún impedimento. A Alemania no le quedaría entonces otra solución que la de abandonar la zona euro, pero en este caso tendría que persuadir a los otros países para que la acompañaran. En esta situación, la posición de Francia, si se decidiera a seguir a Alemania, se volvería muy delicada. Francia no tendría ningún interés en quedarse en una seudozona euro reducida a Alemania. Estas razones hacen pensar que esta solución también es impracticable.

3) **El paso gradual de la moneda única a la moneda común.** De acuerdo con esta hipótesis, algunos países recuperarían su soberanía monetaria, pero se comprometerían a coordinarse estrechamente con los países que hubiesen conservado el euro. Se podría proceder entonces a devaluaciones (importantes en los casos de Grecia y España, más moderadas en los de Italia y Francia). El euro sería la única moneda totalmente convertible de la zona y las monedas nacionales reconstituidas lo serían solamente con respecto al euro con paridades fijas pero regularmente revisables. Esto implicaría que el mercado de cambios estaría centralizado (en Frankfurt o en Bruselas) y ampliamente reglamentado, con la prohibición de las posiciones en descubierto así como la de los movimientos de capitales a corto plazo. Tendríamos entonces un mercado monetario restringido a la zona euro y en buena medida desconectado del resto del mundo, y el mercado “externo”, con el euro desempeñando el rol de moneda pivote. Esta solución tendría la ventaja de mantener una estrecha coordinación monetaria entre países europeos al mismo tiempo que aquellos que tuviesen necesidad de ello podrían conservar una cierta flexibilidad monetaria. Es la solución que yo he sugerido desde la publicación en 2006 de mi libro *La fin de l'eurolibéralisme* y que desde entonces ha sido también evocada por varios economistas, entre ellos, recientemente, por Frédéric Lordon<sup>4</sup>.

**No hay nada que permita a Alemania excluir a países de la zona euro, pese a las baladronadas de la Sra. Merkel.**

4) **La salida inmediata de Francia de la zona euro.** Esta salida es perfectamente factible, pero no hay que ocultar que debería ir acompañada de una devaluación importante (de un 15% por lo menos), de un incumplimiento parcial sobre la deuda (y del retorno al sistema de anticipos del Banco Central), y de una política de control del déficit público para controlar la inflación. Reencontraríamos nuestra soberanía monetaria. Sin embargo, para poder realmente utilizarla, habría que recurrir a sistemas de control de los capitales y de los tipos de cambio, por lo menos en un período inicial. Lejos de provocar las catástrofes que Alain Duhamel nos promete en su crónica radiofónica del 28 de mayo<sup>5</sup>, sigue siendo una solución que,

[www.elviejotopo.com](http://www.elviejotopo.com)

[www.elviejotopo.com](http://www.elviejotopo.com)

como último recurso, es perfectamente posible.

Como ya hemos indicado, pese a ser teóricamente deseable, la primera de estas soluciones es en buena medida imposible debido a imperativos políticos. No es concebible que se llegue a un acuerdo de este tipo antes de finales del 2010, si es que dicho acuerdo es posible.

La segunda solución, que tendría el beneplácito de Alemania, ha de rechazarse del modo más enérgico. Para que fuera posible en realidad tendrían que ser muchos los países que diesen su consentimiento a la política alemana. Topa, pues, con el mismo obstáculo de imposibilidad.

La tercera solución parece una buena solución, y probablemente es una solución mejor a largo plazo. Tiene también la ventaja de que es posible construirla gradualmente. Por otro lado, sin ser consciente de ello, Alemania ya ha tomado medidas que podrían prefigurarla (como la prohibición de determinadas posiciones en descubierto). Pero implica unos cambios de políticas que serán ciertamente desgarradores para la clase política, en Francia y en otras partes. El principal obstáculo, por tanto, es convencer a unos y a otros que la solución no es posible en ningún caso y que, si nos vemos empujados a ella, debemos prepararnos para una guerra de monedas y para las devaluaciones competitivas.

La cuarta solución puede parecer hoy algo desesperada. Sin embargo, tiene la ventaja de poner a nuestros socios entre la espada y la pared y puede constituir una buena base de negociación. De hecho, puede ser, como ya dije a comienzos de octubre de 2009, un paso necesario en la dirección de la solución cooperativa. De hecho, la amenaza creíble (y por lo tanto preparada) de nuestra salida del euro es probablemente la mejor oportunidad que nos queda para no tener que dar este paso.

En esta crisis hemos visto salir de nuevo a la superficie la vieja obsesión alemana de la “estabilidad de los precios”. Sin embargo, Alemania ha pagado muy cara la política de deflación que llevó a cabo el canciller Brüning. Fue esta política la que sumió a Alemania en una profunda crisis y la que permitió a los nazis llegar al poder en 1933.

Hoy, las disensiones entre el Bundesbank y el Banco Central Europeo son cada vez más patentes. Es evidente, por tanto, que el Bundesbank ejercerá toda la presión que pueda para retrasar, si no para impedir, una adaptación del BCE.

La crisis actual nos ofrece en realidad una oportunidad única para reexaminar en detalle el conjunto de la construc-

ción monetaria que denominamos el euro. La única solución realmente factible a la larga, es decir, el paso de la moneda única a la moneda común, puede resultar de un acuerdo entre los países de la zona. Pero también puede resultar de una crisis que tendríamos que saber explotar.

A partir de ahora hay que dejar de creer, o de fingir que creemos, que hay una oposición radical entre negociación y acción unilateral. A menudo, esta última no es más que la continuación de las negociaciones por otros medios. Conviene prepararse seriamente para la salida de la zona euro como medio para efectuar una refundación de esta zona. Alemania tendría mucho que perder con el estallido del mercado europeo y con una situación monetaria dominada por unas estrategias no cooperativas. Pero, para que el gobierno alemán tome conciencia de ello, habituado como está a nuestras renuncias, y para que rechace el falso dogma de la estabilidad monetaria a cualquier precio, tiene que situarse ante la perspectiva de una ruptura ■

*Traducción de Josep Sarret*

**L**a salida inmediata de Francia de la zona euro es perfectamente factible.

#### Notas

1. Esa fue la política del canciller Brüning en Alemania, del Gobierno de Unión Nacional de Ramsey MacDonald en Gran Bretaña, de Pierre Laval en Francia.

2. Hay que señalar, sin embargo, que la creación del euro no ha comportado en absoluto una unificación de los precios, como constata, sin embargo, uno de sus partidarios: M. Aglieta, “Espoirs et inquiétudes de l’Euro” in M. Drach (ed.) *L’argent. Croyance, mesure, spéculation*. Éditions La Découverte, París, 2004, pp. 235-248, p.237.

3. Efectivamente, este fallo, emitido el 30 de junio de 2009, estipula en sus 147 páginas de considerandos que solamente los Estados-Nación son el marco de la democracia, que la política fiscal es de competencia exclusivamente nacional y que si bien el Tratado de Lisboa es conforme a la Constitución Alemana, no puede decirse lo mismo de la dinámica que impulsa. Reafirma de este modo el “derecho de co-decisión” del Parlamento alemán teniendo en cuenta lo que define como “un déficit estructural de democracia” en las instituciones europeas. Véase H. Haenel, “Rapport d’Information” nº 119, Sesión ordinaria del Senado 2009-2010, París, 2009.

4. Frédéric Lordon, “Crise, la croisée des chemins”, *Le Monde Diplomatique*. Blog La Pompe à Finance, 7 de mayo de 2010. <http://blog.mondediplo.net/2010-05-07-Crise-la-croisee-des-chemins>.

5. En una emisora de la Radio Télévision Luxembourg.